

escribiera Garcilaso de la Vega, el Inca: «... parece que estos caballeros (los Pizarro), así como fueron escogidos para tan famosas hazañas, así lo fueron para trabajos y desventuras (*Comentarios Reales*, parte II, libro III, cap. IV)». En efecto, los trabajos, las desventuras y la gloria fueron sus compañeros. Mientras haya memoria histórica en los hombres, sus gestas y apellidos no podrán ser olvidados.

* * *

Dice de Gonzalo Pizarro el P. Constantino Bayle, en su clásica obra *El dorado fantasma*, que Gonzalo era «valiente como todos (los Pizarro), diestro como ninguno en manejar el caballo y blandir la lanza, avisado en los lances de guerra contra indios o contra españoles; galán en sus modales, curioso en sus vestidos, discreto en sus palabras, bien agestado el rostro y recio de miembros; aun sin que la parentela con el Gobernador le aupara, por su propio valer hubiera ganado la estima de la soldadesca y adelantamientos en el ejército (pág. 196)». No hay palabras más justas para retratar al más brillante de aquellos hermanos, que construyeron la base de tres naciones: Perú, Bolivia y Ecuador.

Su esquema biográfico es sencillo y sigue una línea ascendente que, repetidamente, se trunca y lo precipita en la tragedia y la muerte. Nacido en Trujillo, como sus hermanos, pasa a Indias cuando Francisco Pizarro recibe las capitulaciones del Emperador y pasa por Extremadura a reclutar gente. Si los coterráneos del conquistador se enrolaban entusiasmados, ¡qué no sería lo que sintieron los propios hermanos del héroe afortunado! Sumado pues Gonzalo a la aventura, acompaña a Pizarro en su viaje a América, en sus gestiones en Tierra

Firme y Panama, y va con él hasta el desembarco en tierra peruana, ascendiendo a su lado hasta Cajamarca, donde la suerte del Imperio Inka se iba a decidir con la prisión de Atahualpa.

Pero, lo sabemos, y lo supieron ellos también, con la prisión del gran jefe indio no se había conquistado la tierra. Los enviados de Pizarro —el propio Hernando, entre ellos— recorrían todo el país, libremente, en busca del oro que había de pagar la vida de Atahualpa, pero cuando éste, probadas sus conspiraciones para acabar con los españoles, fué ajusticiado, cambió totalmente el panorama político y militar: se hacía imperioso el llevar con la punta de la espada la soberanía española a todo el Perú.

En todo esto estuvo presente Gonzalo, y en las jornadas desde Cajamarca al Cuzco, la capital de los incas, hostigados los españoles por los generales invictos de Atahualpa, que saquearon la gran ciudad y se retiraron hacia el norte. Y en Cuzco quedó con Hernando, mientras Francisco bajaba a los valles y Almagro partía a Chile. Allí hubo de soportar Gonzalo el embate de los indios de Manco, ver cómo éstos se medio aliaban con «los de Chile», como se llamó a los de Almagro, al regresar éstos de su infructuosa expedición, y, por último, luchar nuevamente por la ciudad, que Almagro decía caía en demarcación que, según noticias, le había concedido el Rey de España.

Gonzalo, como vemos, es un capitán que colabora en la conquista, y también puntal firme de su hermano el Gobernador, que no necesitaba impartir órdenes para él, seguro de sus actos y reacciones. Por esto, cuando Almagro ha sido ajusticiado y Hernando parte para España a entregar justificaciones al Rey, Francisco Pizarro, ya